

Entrevistas con fecha

# Casto Mendiola o las barbas del nómada

**A**PENAS le ví, automáticamente pensé en uno de aquellos misioneros que venían al colegio de los Salesianos para informarnos sobre la catequesis de los indios del Amazonas o de un tribu de negritos del Congo. La expresión beatífica se hallaba realzada por unos lentes como los que usaba John Lennon. No nos conocíamos personalmente, pero en el café donde habíamos acordado la cita, a esa hora de la tarde en que los camareros hacen compañía a unos cuantos jubilados, sólo aquel señor barbudo tenía el aire de ser médico, paleontólogo, pintor y explorador, es decir, la persona que iba buscando. Casto Mendiola es uno de esos seres cuyo físico delata inmediatamente una mentalidad diferenciada.

«Nací en Canarias en 1939 porque mi padre, que era de Elche y médico, se había trasladado allí. Cuando tenía 8 años regresé a Elche y empecé a estudiar el Bachiller, aquí, en Alicante, en Murcia, en Valencia. Empecé la carrera de Medicina en Granada y la acabé en Valencia. Para mí fue una época bastante agradable. Era una universidad pequeña, en donde las clases teóricas se compartían con las prácticas. Vivíamos la Medicina, no era solamente el libro. Además, había un grupo bastante inquieto políticamente y yo participaba en una revista universitaria haciendo críticas de arte, porque a los 15 años había comenzado a pintar».

He pedido al camarero de la barra que bajara el volumen de la radio, porque si no, después, al transcribir la cinta, es un galimatías imposible de descifrar, y no cobro tanto. Cuando Alberola ha llegado con sus aparejos de fotógrafo ha crepitado la expectación de los pensionistas de la mesa contigua. Ya les hemos dado unos minutos de conversación, nuestra obra buena del día, que diría el Xenius.

## El sanatorio de la Malvarrosa

«Me trasladé a Valencia para hacer la especialidad de ortopedia, que es la que en la actualidad ejerzo. Me fui para tres años, y me quedé catorce. Estuve trabajando en el sanatorio osteoarticular de la Malvarrosa, en donde había un director extraordinario, Alvaro López. Allí se practicaba el tipo de medicina que me gustaba, una medicina familiar, en la que la relación médico-enfermo, era muy intensa, esa que en la Seguridad Social dejó de existir».

Escucho a Casto Mendiola, como escucho a cualquier médico, con cierta idolatría, acaso porque mi voluntad de sacrificio humanística se identifica mayestáticamente con la profesión médica, si no fuera porque en la práctica uno es un melifluido a quien la sangre a granel le produce jaquecas. Escribo, pues, porque conozco mis limitaciones.

«Me casé, seguía pintando y escribiendo poemas. Mi primera exposición de cuadros fue en Elche en 1957, creo. Luego he

expuesto en Altea, en Alicante, en Bilbao... A mí el culto a la personalidad me jode mucho, pero en fin, en el 68 obtuve el segundo premio nacional de la bienal de Barcelona, y después en Alcoy gané otro premio. Yo siempre he hecho una pintura muy intimista, muy personal, que no es agradable, de galerías, comercial. Eso ha motivado que aunque siga pintando, cada día exponga menos... Yo pertenezco al Grup d'Elx en sus inicios, pero al marcharme a Valencia ya no pudo ser».

Un espeleólogo de la personalidad explicaría mejor los simultáneos Casto Mendiola que coexisten en él democráticamente, pero lo nuestro es una charla de café, no una consulta. El rasgo fisonómico que resume a Casto es la barba, barba de pintor bohemio de Montparnasse, barba de desierto y jungla, barba de médico noventaiochesco, barba de tiempos prehistóricos. Su barba caudalosa me invita a teorizar aún más, pero es hora ya de devolverle la palabra.

## Medicina y creatividad

«Entre 1965 y 1978 permanecí en Valencia, y en 1978, cuando se abre la Residencia de Elche, decidimos volver, entre otros motivos porque al morir Alvaro López, el sanatorio había tomado unos derroteros que no me interesaban, y además me



hacia ilusión montar aquí un museo de paleontología. Creo que fui el segundo o el tercer médico en entrar en la Residencia, pero hubo una oposición para el Ambulatorio, y entre males menores, elegí el Ambulatorio, porque además me dejaba más tiempo para esas otras cosas. La medicina tal como se practica en España está muy mal organizada, sobre todo en los niveles inferiores, en el nivel de familia, de ambulatorios; está masificada y no cuenta con medios materiales ni personales. La medicina de urgencia, de intervenciones, está mejor enfocada, hay gente muy buena, pero al haber pocos medios y muchos enfermos hay colas interminables. Tengo una concepción de la vida algo particular, lo que hay que proponerse es ser feliz, esto es, practicar lo que se piensa. La medicina oriental me parece muy buena, la occidental también, pero una mezcla de ambas sería mejor todavía».

Oriente y Occidente. El tema de la vida y esa convención, entendida según nos va a cada cual, que llamamos la felicidad. Se me ocurre pensar que cuando acudimos al médico es con la intención de que nos restituya la felicidad que nos ha robado una úlcera y una neurosis, que la felicidad, fetichistamente asociada a la salud, es la real contrapres-

tación de la factura del especialista o de la cartilla de la Seguridad Social.

«El médico es una persona que está muy relacionada con los problemas de los demás. Entonces, algunos médicos, viven esos problemas, se ponen en el pellejo de los enfermos. Esa clase de médicos que es capaz de ponerse en la piel del enfermo es porque tienen indudablemente un espíritu humanístico que se refleja en el ejercicio de otro tipo de actividades, el teatro, escribir, pintar, como los casos que dices de Marañón y Ramón y Cajal. La persona que más me ha influido fue Alvaro López que era un genio de la medicina, un hombre joven aunque murió con más de sesenta años».

## Viajes y paleontología

Café de media tarde, con sus viejos y los camareros ociosos porque la clientela de esa hora consume muy poco. Sol como de domingo, aunque es un martes, en la terraza frente a la Glorieta. Casto y un servidor van cargando la atmósfera del bar con humo de cigarrillos, con palabras que son el humo de nuestras vidas.

«Tengo la costumbre de viajar, porque es una forma de aprender, de ver cosas distintas a las de casa, desde muy pequeño. Siempre he viajado en

tienda de campaña, porque nunca he hecho de la medicina un negocio y siempre he dispuesto de muy poco dinero. Con los chiquillos muy pequeños me marché a Laponia en un 600. He recorrido toda Europa. En 1972 fui como médico de una expedición al Aconcagua, organizada por el Club de Alta Montaña de Valencia. Hicimos la travesía Madrid-Río, Río-Buenos Aires y Buenos Aires-Mendoza. Allí nos esperaban los militares, quienes nos trasladaron a unos 40 kms. del pie del Aconcagua, donde se hallaba el campamento base. No pudimos coronarlo por el mal tiempo y porque encontramos en la escalada a un suizo en muy mal estado que hubo que rescatar. He hecho varios viajes a Argelia y Marruecos. Son países muy distintos físicamente, las personas bastante parecidas, muy acogedoras. Me gustan por el contraste con Europa. Tengo un espíritu nómada, vagabundo. Viajar es un modo de conocer a gentes distintas, que luego no lo son tanto, pero también una necesidad de escapar del lugar donde paso 11 de los 12 meses del año».

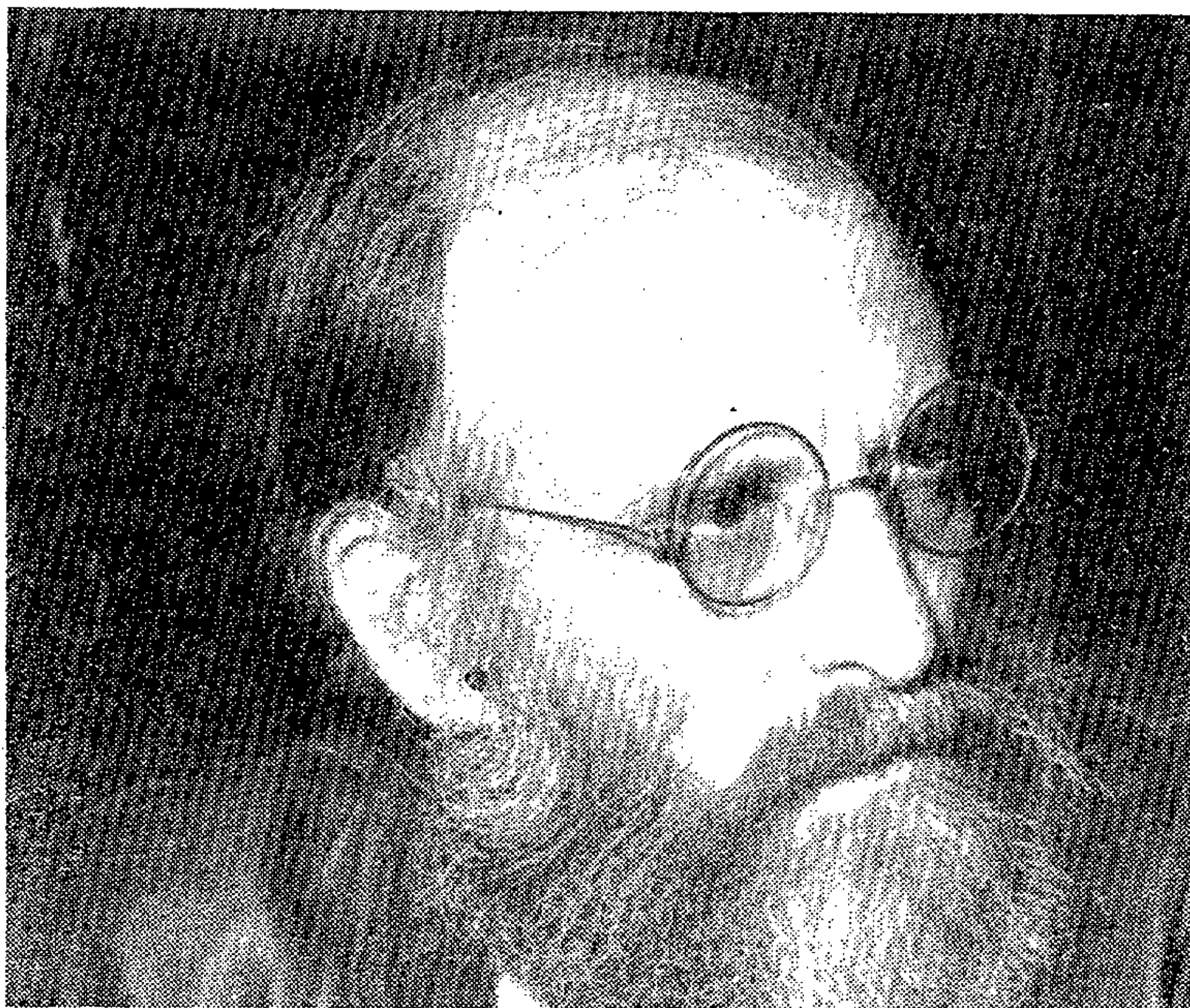
Como leerán esto es el clásico artículo de café soñoliento que González-Ruano escribía hace veinte años. Casto Mendiola bien podría ser ese desconocido que uno encuentra una tarde en el bar del que uno es habitual y con quien se inicia, por el fuego que nos solicita, por una especie de casualidad, una buena amistad. No sé si por las gafas o por la barba, pero Casto inspira confianza.

«La paleontología surgió cuando yo tenía 9 ó 10 años, gracias a don Simeón Peiró, médico, y nunca la he dejado, es en lo único que he podido conseguir una colección decente. Sixto y yo habíamos hablado de hacer un museo hace mucho tiempo. Ese proyecto se ha concretado en la compra de un solar en la plaza del Arrabal que aún estamos pagando, y donde se instalará el museo. Va a ser un museo para el pueblo, y esperamos que haya alguna ayuda de tipo oficial. La pieza de mayor interés científico es un cangrejo muy pequeño, «dromidites pastorix», del cual sólo existen dos ejemplares en el mundo, uno en el Seminario Conciliar de Barcelona y el mío. Y luego, como piezas espectaculares, un rinoceronte español».

Y así, entre mi estupefacción por ese rinoceronte español y unas últimas consideraciones del doctor Casto Mendiola, concluye esta entrevista de café (habrán observado que en su transcurso he tenido la decencia de no incluir la consabida pareja de novios amartelados).

«El malestar de la sociedad procede de la cantidad de esfuerzo que ha de hacer una persona para poder sobrevivir. Una sociedad donde las relaciones se basan en la competitividad y en el consumo, es una sociedad pobre intelectualmente, donde la gente no se siente remunerada moralmente por su trabajo, sino que todo se fia en el sueldo de fin de mes y en un coche mejor, en una nevera mejor, y esto genera enfermedades principalmente físicas. La respuesta creo que está en un cambio radical de las estructuras políticas. Pienso que la sociedad del futuro será una sociedad de tipo comunitario».

G. IRLES



“

Con los  
chiquillos  
muy pequeños  
me marché  
a Laponia  
en un  
seiscientos

”